

se despidió de su esposa y amigos. Al momento se vió la casa asaltada de soldados que venian á darle muerte. Uno de ellos le dió una estocada en el acto de entrar, y en vista de esto se postró de rodillas á los pies de los verdugos, presentándoles su cabeza, la cual le separaron del cuerpo de un golpe dado por otro soldado. Viendo su esposa lo que acababan de hacer con Lino aquellos bárbaros, se presentó intrépida al que los mandaba, diciendo, que ella era tambien cristiana; pero no quisieron prenderla ni matarla como pedia, diciéndole que no tenian orden para ello. La muerte de Lino sirvió no obstante á la conversion de alguno de aquellos infieles. Hubo tres soldados, que arrepentidos de errores rompieron á vista de todos el papel en que habian escrito el juramento. Cierta caballero jóven fué mártir por su caridad, pues se fulminó pena de muerte contra él por haber mandado algunos comestibles á los presos por medio de sus criados.

12. En el reino de Bugen hubo otro caballero martirizado por amor de Jesucristo. Llamábase Jacobo, y hacia ya un año que habia sido echado de su casa, despojado de sus bienes, y confinado á vivir con su familia lejos de poblado, cuando últimamente fué condenado á muerte por no haber querido abandonar la fé. Cuando le fué intimada la sentencia, fué á encontrar á su esposa que se hallaba con una de sus hijas en el aposento inmediato, y le dijo: — Vengo á darte el último adios, pero es bajo la condicion de que no has de ponerte á llorar. — Y despues de haber encomendado su alma á nuestro Redentor y á su divina Madre, se vistió con sus mejores ropas, y entró en la embarcacion que debia conducirle al lugar del suplicio. Así que los verdugos

lo desembarcaron, anduvo descalzo hasta la colina, en que estaba aparejado el patíbulo, y puesto últimamente de rodillas presentó la cabeza, invocando á Jesus y á María, hasta que recibió el golpe que dió fin á su vida.

13. En el discurso del mismo año el tesorero del príncipe de Bugen, llamado Baltasar, recibió tambien el martirio. Habia sido despojado de sus bienes, porque era cristiano, y desterrado fuera los confines del reino, cuando cierto dia se le comunicó que habia sido condenado á muerte por la misma causa. Dió entonces gracias al gobernador con suma alegría, porque por este medio salia de las miserias de esta vida; y marchándose á su casa cuenta á su madre, á su esposa Lucia y á su hija Tecla la dichosa nueva que acaba de recibir. Mientras estaba esplicando las circunstancias de su entrevista con el gobernador, entraron los ministros de justicia para preguntarle en donde queria morir, á lo cual contestó que en donde ellos mismos dispusiesen; pero Tecla le dijo entonces: — O padre, no es necesario que salgais de casa, porque á lo menos tendremos un consuelo en asistiros en vuestros últimos instantes. — Baltasar enternecido, contestó á su hija: — El hijo de Dios, hija mia, quiso morir fuera de Jerusalem en un lugar público, lo mismo quiero yo hacer, muriendo en el sitio en que mueren los malhechores. — Dispuesto á salir, se puso en oracion delante de una imagen de nuestro Salvador. Su esposa y su hija para su consuelo, quisieron lavarle los pies, verificado lo cual, se entregó en manos de los verdugos. Baltasar tenia un hijo de cuatro años, llamado Jacobo, y viendo que su padre iba á morir, se abrazó á sus piernas gritando que queria morir con él; lo exhortaba aquel á que-

darse con su madre, pero el niño seguía abrazado con él, insistiendo en su inocente pretension, por lo cual tuvo que consentir en que lo acompañase. Habiendo llegado al lugar del suplicio Baltasar habló así á los circunstantes, que daban muestras de estar enternecidos: — Amigos, deberiais compadecerme, si muriese para expiar algun delito, pero muriendo por nuestra santa religion, debeis envidiar mi dicha, pues dejo este valle de lágrimas para ir á reinar por una eternidad en los cielos. — Dicho lo cual abraza á su hijo, se arrodilla con edificante humildad, encomienda su alma á Dios, y presenta su cabeza al verdugo, que de un fiero golpe se la separa del cuerpo, siendo de edad de 47 años. El tierno infante nada intimidado por la muerte de su padre, se pone á imitacion suya de rodillas, abaja el cuello de su vestido, y pronunciando los santos nombres de Jesus y de María recibe tambien la muerte; cuya barbaridad llenó de espanto á todos los que lo presenciaron, siendo aun espanto mayor el que se encontrase verdugo bastante desalmado para cometer tan nefanda maldad.

14. En 1619 se pusieron en la cárcel de Meaco treinta y seis cristianos de diferente edad y sexo, y tuvieron que quedar al descubierto porque estaban llenos todos los calabozos. Entre ellos habia un buen viejo, llamado Jacobo, que era médico y muy celoso cristiano. El comandante que le profesaba particular aprecio, lo colocó en mejor sitio, dándole á entender ademas que procurase desde allí aprovechar al menor descuido para escaparse; pero Jacobo, despues de agradecerle aquel rasgo de generosidad, le dijo, que siendo cristiano, no queria esquivar de modo alguno, ni las penas ni el

peligro que le venian por disposicion del cielo, sino que preferia morir con sus hermanos; oyendo lo cual un insolente soldado, que llegó á la sazón, cogiéndole por un brazo y empujándolo con violencia: — Anda, le dijo, quitate de ahí, miserable médico, ve á buscar sitio dentro de la prision, de la que no tardaremos en venirte á sacar para colocarte en mejor sitio. — A lo cual se prestó muy alegre el anciano Jacobo.

Habiendo á poco llegado á Meaco el emperador del Japon, fueron encarcelados otros cristianos. Las cárceles de aquel pais son por lo general muy estrechas y hediondas, y lo son mucho mas las de Meaco, en las que apenas se podia respirar, de modo que ocho cristianos enfermaron en ella y murieron unos de miseria, y otros de hambre. El emperador, sabiendo que todos aquellos presos estaban allí por renitentes en querer permanecer en la fé, contra sus decretos, mandó que fuesen todos degollados. Llegado el dia de tan bárbaro estrago, fueron atados todos aquellos infelices y conducidos en carretas al lugar del suplicio. Colocóse á los hombres en una fila y en otra se pusieron los muchachos, formando las mugeres con sus niños la fila del centro. El pregonero iba publicando un edicto por el cual se hacia saber, que el emperador mandaba morir quemados á todos aquellos desdichados, porque eran cristianos. Los santos confesores cada vez que se publicaba el pregon gritaban con inaudito valor: — Es verdad: morimos por Jesucristo. ¡Viva Jesus! — Lloraba todo el mundo al contemplar, sobre todo, tantas mugeres condenadas á morir con sus inocentes niños, muchos de los cuales dormian tranquilos en sus pechos. Así que hubieron bajado de las carretas, cada uno de aque-

Los santos mártires preguntaba por su patíbulo para abrazarlo, y luego fueron atados de dos en dos en cada un palo, los hombres á parte de las mugeres. Entre los primeros habia un caballero de la corte llamado Tafiojo, á quien el emperador habia mandado hacer inmensas promesas, pero fueron constantemente desechadas por el héroe cristiano. Entre las mugeres llamaba particularmente la atención Tecla, esposa de aquel caballero que murió con cinco hijos, tres de los cuales espiraron en sus brazos. Apenas se encendió la hoguera, los verdugos se pusieron á dar horribles gritos, los circunstantes á derramar copiosas lágrimas, y los intrépidos mártires á entonar alabanzas, invocando á Jesus y á María. El humo no permitia al principio distinguir á los santos confesores, pero aparecieron al fin rodeados de llamas con los ojos levantados al cielo. Lo que ocasionó mas admiracion fué que siendo así que muchos pudieron escaparse, nadie abandonó su patíbulo, y hasta los niños permanecieron firmes en su lugar hasta la muerte. Sucedió este martirio el dia 7 de octubre del año ya citado. Aseguraron personas dignas de fé, que despues se vió una estrella sobre aquel lugar, la cual fué claramente distinguida, tanto de los cristianos como de los gentiles, á quienes causó singular admiracion, y no hay duda que ocasionaria la conversion de muchos.

15. Entre los mártires que tan gloriosamente fenecieron aquel dia, hubo una jovencita llamada Marta, la cual fué sacada á parte por los oficiales, con ánimo de darle libertad, mas fué tanto lo que lloró, que se vieron obligados á encerrarla con los demas presos. Amenazada despues con terribles tormentos, halagada con espléndidas promesas, en todas ocasiones se manifestó

intrépida y constante en la fé, diciendo siempre que queria morir cristiana. Estando en la cárcel perdió la vista á causa de la humedad, desde cuyo momento todos sus temores eran que no la llevasen con los demas al suplicio, de modo que cuando salieron para el lugar del martirio, se abrazó tan estrechamente con su madre, que no hubo medio de separarla y de este modo espiró con ella en las llamas.

16. En el reino de Mino hubo otra heroína cristiana llamada Mónica, que deseosa de sufrir martirio, se acostumbraba á soportar toda clase de tormentos. Un dia llegó hasta á tomar con sus manos un hierro enrojado al fuego, y preguntándola muy asustada su hermana, porque hacia aquello, le contestó : — Me dispongo al martirio : he peleado contra la hambre y he sabido vencer, y ahora palpo el fuego para sobreponerme al dolor, á fin de que cuando tenga que sufrir martirio no desfallezca mi constancia, porque entiendo que el que no se ejercita de este modo debe huir del peligro. — Cuando esta valerosa matrona estuvo á presencia de la hoguera, bajando del carro dijo en alta voz : — Escuchadme los que aquí estais : sabed todos que soy cristiana, y que hace tiempo que aprendo á morir y á no temer los tormentos para poder morir con la fortaleza con que mueren los mártires por amor de Jesucristo. — Y así alcanzó la gloriosa palma del martirio.

17. En aquella época de persecucion siguió tambien el martirio de otro héroe cristiano de la provincia y ciudad de Onai. Llamábase Ignacio, y era de edad de treinta años. Hallábase en Meaco y fué convidado á un suntuoso baile que se hacia en honor del dios Fitoqui. Rehusó asistir á él, y se burló de aquella supersticion

vana, por lo cual fué desterrado de la ciudad y tuvo que retirarse á Fuximi. Llegado allí, le preguntaron los jueces, entre otras cosas, si conocia á otros malvados que profesasen el cristianismo. Ignacio encendido de su cristiano celo contestó á los jueces, que muy injustamente calificaban de malvados á unos hombres que no pensaban en otra cosa mas que en procurarse la salvacion eterna. A pesar de esto fué encerrado en la cárcel, y concluido el proceso fué sentenciado á morir en la hoguera, y fué tanta la precipitacion con que lo condujeron al suplicio, que no encontraron allí construido el patíbulo, ni leña para quemarlo. Durante todo el tiempo que fué necesario emplear para concluir aquellos preparativos, Ignacio, permaneció orando con tal tranquilidad, que los mismo paganos quedaron absortos y admirados. Cuando al fin llegó el momento de la ejecucion y fué atado al palo y se prendió fuego á la hoguera, empezó el santo mártir á rezar en alta voz el *padre nuestro*, pero no pudo concluirlo por razon de las densas nubes de humo que le sofocaban y no le permitian hablar. En aquel instante un idólatra viéndolo ya medio consumido, se le acercó y le dijo: — Animo, amigo: ahora es tiempo de recomendaros á Fotoqui. — El Santo volvió el rostro á otro lado y continuó su oracion hasta concluirla, entregando su alma á Dios. Los cristianos recogieron sus cenizas y las encerraron piadosamente en un sepulcro.

18. Por aquel mismo tiempo sucedió la admirable conversion y martirio de un bonzo. Era en un principio tan perverso y malvado que recibia viajeros en su casa para robarlos y asesinarlos en seguida. Pero habiendo llegado á noticia de las autoridades esta impiedad, fué

condenado á ser enterrado vivo hasta el cuello, con órden de irlo alimentando con dos ó tres cucharadas de arroz al entrar la noche, para prolongar así el rigor del suplicio. Permaneció el desgraciado algunos dias en aquel estado; y cuando los gusanos empezaron á roerle las entrañas, algunos soldados que eran cristianos lo exhortaron, movidos de compasion, á que atendiese á la salud de su alma, puesto que no habia ya remedio de salvar la vida, instándole á que quisiese recibir al bautismo, sin lo cual no podria conseguir aquella. El bonzo, que era de aquella secta que no creen en la vida futura, se burló de sus instigaciones: los soldados continuaron á exhortarlo para lograr convertirlo, diciéndole entre otras cosas, que por haberlos despreciado, se veria eternamente roer el corazon en el infierno, con mucho mayor tormento que no lo hacian en aquel instante los gusanos de aquella hoya. Iluminado de repente el idólatra, por inescrutable decreto de la divina gracia, pidió el bautismo y lo recibió dando muestras de dolor por sus muchos pecados, sometiéndose humilde y resignadamente á sufrir aquel tormento, en el cual murió, invocando hasta espirar á Jesus y á Maria.

19. Otro cristiano, llamado Matias, fué detenido llevando un hábito á cierto religioso, y presentado al gobernador. Preguntóle este á quien pertenecia aquella ropa, y Matias, por no mentir ni descubrir al religioso, se quedó sin contestar. Los soldados empezaron á maltratarle porque no respondia, pero él se obstinó en guardar silencio. Entonces los soldados lo estendieron por órden del gobernador sobre unas tablas; y le hicieron beber tan grande cantidad de agua, que el buen hombre estaba á punto de reventar, todo lo cual sufrió

humildemente sin proferir una palabra y sin exhalar un suspiro. El gobernador aburrido de tanta obstinacion lo mandó al rey de Arima, el cual aunque lo vió medio muerto, lo mandó atormentar mas cruelmente, haciéndole beber de nuevo y obligándole á vomitar. El infeliz pidió un poco de descanso, el cual le fué concedido con la esperanza de que declarase, pero vuelto á interrogar, volvió á permanecer en silencio. Amenazóle el rey con hacerle morir entre tormentos, y en aquel instante cayó desmayado el santo mártir; y como la lengua le saliese fuera de la boca, un soldado le dió tan fuerte puñetazo en la cabeza, que le quedó partida por sus propios dientes. El héroe cristiano permaneció toda la noche agonizando y espiró al amanecer del dia siguiente.

20. Entre cinco cristianos que fueron crucificados, contábase un caballero llamado Simon que habia profesado la carrera de las armas. Se convirtió despues á nuestra santa fé, de la cual fué tan celoso, que abrió una escuela en la provincia de Bugen, de donde era natural, y en ella enseñaba los dogmas y máximas de la religion cristiana. El príncipe que mandaba en aquella region le mandó que cerrase la escuela, á cuya orden no habiendo querido someterse Simon, fué condenado á morir en cruz con su muger y otros tres cristianos que albergaba en su casa. Sabedor de la sentencia que se habia fulminado contra él, escribió lo siguiente á un religioso, amigo suyo: « El príncipe ha fulminado contra mí la sentencia de muerte: forzoso es, pues, que yo muera. Muchas veces he pedido á Dios esta gracia. Si mis pecados no me lo impiden, dentro de poco estaré en la eterna bienaventuranza, Rogad, os suplico, para que el Señor me dé constancia. » La esposa de Simon,

y los tres cristianos que debian acompañarle al suplicio, recibieron con sumo regocijo la noticia de su martirio. Al dia siguiente, recibiendo el aviso de que debian encaminarse al patíbulo, se pusieron en oracion de rodillas delante de un crucifijo, y llegados al lugar de la ejecucion, todos se prosternaron con júbilo delante de sus cruces. Simon pidió á los ministros de justicia que diesen gracias al rey por la que le habia hecho de condenarle á muerte por Jesucristo. Todos sufrieron con cristiana resignacion tan cruda muerte, siendo Simon de edad de sesenta años. El y su esposa Magdalena no murieron hasta el dia despues de la ejecucion, y los otros tres mártires todavía tardaron mas en entregar sus benditas almas á Dios.

21. En 1643 fueron decapitados dos caballeros de Nangasaquí, llamados Juan Ciu, y Juan Ito, por haber albergado en sus casas á dos padres misioneros. Siendo estos caballeros de los mas nobles del reino y de mucho mérito, el gobernador hizo cuanto pudo para salvarles, mas en lugar de coadyuvar á su defensa, alegaban al contrario, que tenían muy merecida la muerte. Las esposas de estos, tan heróicas como ellos mismos, provocaron una especie de piadoso combate, declarando que ellas solas eran las reas, puesto que mientras sus maridos habian estado ausentes, ellas los habian mandado inscribir en el catálogo de los cristianos, y que por lo mismo, ellas y no sus maridos eran las que debian morir. Los mártires se esforzaron en escusar á sus esposas hasta tal punto, que los jueces tuvieron por válidas sus razones, por lo cual ellos solos fueron decapitados en dicha ciudad.

22. En aquel mismo año un caballero cristiano del

reino de Fingo, llamado Leon Nonda, despues de haber recibido el bautismo en Nangasaqui, se retiró en Isafai, de donde era natural, y hacia allí vida ejemplar y devota, siendo su ocupacion habitual fortalecer á los cristianos, que veia que podian vacilar en la fé. Empleó los mas celosos esmeros en convertir á un jóven que se habia pervertido, y vivia disipadamente, pero siendo vanos todos sus esfuerzos, resolvió dejarle por algun tiempo. En este intermedio, incomodado el jóven de las continuas amonestaciones de Leon, fué á dar parte de lo que le sucedia con aquel cristiano. El gobernador envió tres jóvenes á Leon, para que probasen si podian pervertirlo, los cuales, aunque hicieron todo lo posible para conseguirlo, hallándolo cada vez mas constante en la fé cristiana, lo atan, y sacando á su esposa é hijos de su casa, le hacen conducir á un encierro. El gobernador entonces le mandó á decir, como de parte de su esposa, que por lo menos disimulase su religion, sin obstinarse en publicar que era cristiano, sin cuyo expediente, que creia seria bastante á salvarle, no podria menos de causar su ruina y la de sus hijos y familia; pero le mandó á decir Leon, que siendo pasajeros y cortos los males de esta vida, preferia sufrirlos con resignacion, mas bien que hacerse merecedor de los tormentos eternos; y que si finalmente ella lo abandonaba, sabia que no le abandonaria Dios. Viendo el gobernador que nada habia adelantado con aquella estratagemma, hizo que le hablaran otras personas de respeto y autoridad, y nada tampoco pudieron conseguir; llegando á tal extremo su constancia, que debiendo combatir las sugestiones de tantos que intentaban pervertirlo, tuvo valor el santo de instar á su vez al mismo gober-

nador á que dejase su falsa religion, mandándole á decir por los mismos enviados, que si no dejaba de adorar á Cami y á Fotoqui seria condenado por una eternidad en el infierno. A semejante instigacion, en lugar de respuesta, entró en cólera el gobernador, y en el mismo instante lo condenó á muerte. Intimada la sentencia al santo, dió gracias al Señor, y se puso á exhortar á los idólatras que allí estaban, á que dejando los ídolos se convirtiesen á Jesucristo. La noche siguiente fué secretamente embarcado y conducido á una isla inmediata, en donde le fué quitada la cabeza, siendo de edad de cuarenta y dos años.

25. Un gobernador del reino de Oxu, llamado Masamuno, habia mandado publicar un edicto en el que se mandaba á los cristianos, que dejasen su religion bajo pena de la vida; y para ostentar su animosidad contra los que eran el objeto de su edicto, apremió sobre manera á un pariente suyo, que habia mucho tiempo que habia recibido el bautismo, á que cumpliese con lo mandado. El pariente que tenia un hijo de doce años, cristiano tambien, sin bastante fortaleza para hacerse superior al peligro, fué á encontrar á los jueces y les dió conocimiento de que tanto él como su hijo habian abandonado la fé. Luego que el hijo tuvo conocimiento del paso dado por su padre, fué á avistarse con los jueces y les declara, que cuanto les habia dicho su padre habia sido una mala inteligencia respecto de su persona, y por lo tanto que iba espresamente á declararles, que era cristiano, y que queria morir como á tal. El padre así que estuvo informado de todo esto, volvió á hablar á los jueces, llevando consigo á su hijo, á quien dijeron estos que si queria ser cristiano era necesario

que renunciase á la herencia de su padre ; á lo cual contestó el jóven con santo entusiasmo : — No solo renunció á la herencia de mi padre, sino tambien á todas las grandezas del mundo, para ganarme el galardón de la vida eterna. — Al oír esto su padre se le echa encima con un puñal, y lo hubiera seguramente asesinado, á no haberle contenido. El hijo, observando la amenaza violenta de su padre, lejos de huir, se echó de rodillas á sus pies, y descubriendo el pecho, se lo presentó para que lo hiriese. Desde aquel momento, agitado el padre, no podía olvidar aquella dolorosa escena, hasta que volviendo en sí, y admirando la fidelidad y constancia de su hijo, confesó su error, del cual pidió perdón á Dios. Y fué de nuevo á los jueces á protestar que era cristiano, y que aceptaba voluntariamente la muerte para borrar con su sangre la grande ofensa que habia hecho á Dios, induciendo á su propio hijo á apostatar de su santa fé. Hallándose un día en una reunion piadosa de cristianos, empezó á lacerar sus espaldas con fuertes azotes, diciendo entre lágrimas : — Hermanos, soy indigno del nombre de cristiano : he cometido una grande maldad é ingratitud contra mi Criador y Redentor. — De este modo la constancia del hijo fué la salvacion del padre.

24. El mismo Masamuno, dió la comision á uno de sus oficiales llamado Tagimadono de ir recorriendo sus estados para esterminar á todos los cristianos. En una aldea llamada Mizusama habia un santo varon llamado Joaquin, que vivia con mucha edificacion con su muger llamada Ana, siendo ambos á dos ya ancianos. Tagimadono, no habiendo podido conseguir que renegase Joaquin, le mandó encarcelar con órden de hacerle morir

de hambre, así como á su muger ; mas habiendo sido socorridos por los cristianos, mandó que ambos fuesen decapitados. Habiéndose divulgado la sentencia, muchos cristianos corrieron á su prision á consolar á Joaquin, y allí él los exhortaba en cambio, á meditar continuamente en la Pasion de Jesucristo, asegurándoles que con la memoria de tantos padecimientos sufridos por nuestro Redentor, para alcanzarnos la salud, tendrian fortaleza para arrostrar con valor todos los tormentos. Mientras así iba discurrendo, llegaron los verdugos y le mostraron las argollas y cadenas de hierro con que iba á ser conducido al suplicio. El buen Joaquin bajó la cabeza, y dió gracias á Dios, porque le habia considerado digno de ir cargado de aquellos hierros, que estimaba en mas que todos los tesoros del mundo. Encadenados en seguida los dos esposos, salieron para el lugar del suplicio. Iba Ana acompañada por dos matronas, y muchos cristianos seguian cubiertos con velos de seda para honrar el martirio de aquellos santos confesores. Llegados al lugar de la muerte, cuando el verdugo levantó el brazo para derribar la cabeza de Joaquin, dieron los cristianos tan fuerte grito, que el verdugo asustado no acertó á cortársela enteramente, por donde fué necesario que otro verdugo concluyese el martirio, lo cual verificó mientras Joaquin pronunció dos veces los nombres de Jesus y María. En seguida fué decapitada Ana, pronunciando los mismos sagrados nombres. Sucedió esto en 1621.

25. En 1622 sucedió una atroz carnicería de cristianos que fué denominada el *Martirio grande*, pues fueron martirizados 21 religiosos, y decapitados ó quemados 30 seglares en la ciudad de Nangasaqui. Fué admi-